

Juan Marín

LAS NOVELAS SOCIALES EN UN MUNDO A MEDIO COCER

ALFONSO CALDERON



Juan Marín: "Como una lección de box con mi maestro"

A los veinticinco años, Juan Marín (1900-1963) dijo que escribir un poema era para él "como pasar una lección de box con mi maestro". Lo llamaba la profesión de médico y se tituló en 1921 con una tesis de grado sobre "Tirocotoxicosis y su tratamiento quirúrgico"; fue ayudante del doctor Lucas Sierra, y en 1932, en calidad de pro-

fesor agregado, abrió la Cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Chile. No sólo eso. Admiraba los desafíos del arte futurista, adoraba el jazz, se dejaba alegrar con las "Greguerías", de Ramón Gómez de la Serna; pensaba en los aviones y en lo que sería el mundo de mañana con ellos y aun escribió un libro de poemas que tituló

"Looping" (1929). Le encantaba también Josephine Baker, musa existencial de los años locos.

Desde temprano, sintió el agrado de leer las novelas de anticipación y llegó a escribir más de una, pero la poesía era para él una forma de sentirse atado a una visión más plena del mundo. Los poemas los escribía "entre un enfermo y otro, entre una y otra operación, impregnado de éter y desinfectante, y en hojas de papel que tenían membretes de hospitales y de clínicas. No me molestaba la conversación de los compañeros ni el ruido de las ambulancias, ni esa atmósfera cargada de drama que hay en los locales de la Asistencia Pública".

¿Perturbaba acaso el ejercicio de la profesión y la cátedra, al escritor que buscaba hallar caminos adecuados en varios géneros disímiles (el poema lírico, la novela, el cuento, el ensayo, la visión de temas médicos, los libros de viajes, los grandes reportajes y las notas periodísticas volanderas)? Juan Marín explicó que no hay una línea de cuanto escribió "que no esté influida por mi formación intelectual de médico. Ciertamente, si no hubiera sido médico, no hubiera jamás sido escritor. ¿Me dio la medicina una filosofía de la vida? Sí, aunque ésta se fue formando, en su mayor parte, después, durante los viajes. La medicina me dio la dimensión humana de la vida, sin la cual la literatura no existe: simpatía hacia el hombre, comprensión de sus problemas, amor a la humanidad".

Su obra es numerosa. Tras los versos de "Looping", ensayó la novela en "Margarita, el aviador y el médico" (1932), a la que siguieron "Un avión volaba" (1935), "Paralelo 53 Sur" (1936), "Naufragio" (1939), "Orestes y yo" (1939) y "Viento Negro" (1944). En el campo del ensayo, publicó "Hacia la nueva moral" (1934), "El problema sexual y sus nuevas formas sociales" (1937), "Ensayos freudianos" (1938) y "Lao-Tse o el universismo mágico" (1940). De lo mucho que vio y vivió, a través del mundo, dejó libros tan importantes como "El Egipto de los Faraones" (1954) y "La India Eterna" (1956).

Su novela más importante es, sin duda, "Paralelo 53 Sur", un libro



El Dr. Juan Marín a los 62 años.

que aborda los conflictos sociales entre los grupos que acumulan la riqueza y quienes la producen, en un juego de tensiones que Juan Marín convierte en epopeya. El oro, la lana y el petróleo en la llamada Patagonia Trágica (la que motivó el célebre libro de Borrero y uno nuevo, muy apasionante, del argentino Osvaldo Bayer: "Los vengadores de la Patagonia Trágica" y todo el friso novelesco de Enrique Campos Menéndez, "Los Pioneros").

En la noche alta de Punta Arenas, en la novela de Juan Marín, llegan los loberos de San Félix y Puerto Estanislao, los leñadores de Yendegaia, los oreros de Isla Lenox y de Picton, los estancieros de Río Grande y Santa Cruz, los indios de Muñoz Gamero o Mejillones, los fareros de San Ambrosio y de Evangelistas, que se mueven de allá para acá, entre alcohol, violencia, traición y duelo, en las proximidades de los palacios o de las covachas, en la ciudad que ha nacido del antiguo caserío.

Sin embargo, la trama, que proyecta varias historias con puntos de encuentro, tiene que ver con los hilos del Gran Negocio, ése que se acuna en la Bolsa, con los papeles de las tierras que "llueven desde la capital como algebraico confetti de un trágico carnaval", en el cual pasan "las serpentinas notariales de mano en mano. Es la danza de las hectáreas. Se vive en un delirio; mil, diez mil, cien mil. Ayer las tuvo aquél. Hoy las tiene éste. Mañana no las tendrá nadie". El novelista define su obra como "un conjunto de páginas de dolor, de injusticia y de muerte".

Hay, entre las escenas involuables de esta novela, un capítulo que narra una venganza, la del hombre que encierra en un frigorífico a su rival hasta que éste amanece helado como un cordero a la mañana siguiente; y otro, en el cual, con vigor, explica cómo los encargados de terminar con los obreros que offician de líderes "fondean" a uno en el mar. Por lo demás, toma de la realidad a un tipo real —el célebre Pasqualini— y lo convierte en Antoncic, "extraña mezcla de pirata y de andante caballero de los mares". Ese hombre supo cómo los indios masacraron a los misioneros de Puerto del Hambre y también de la matanza de los obreros de la Federación, con la anuencia del intendente Alfonso Bulnes, a fines del gobierno de Sanfuentes; y de los secretos de las fugas de los anarquistas del penal de Ushuaia, pues él necesita registrarlos todo con el fin de saldar cuentas en cualquier momento en el que se precise memoria y movimientos.

El paisaje conturba, remece, se convierte en parte de la epopeya: "La pampa inmensa con su cielo gris, con sus vientos enloquecedores, con sus nevadas funambulescas, guarda sus crueles secretos: los puesteros que quedaron una noche aplastados por el musgo blanco y quebradizo como extraños submarinos humanos bajo océanos de nieve. Los perros heroicos y los nobles caballos que se hundieron en la "turbab" traicionera por apiñar una oveja extraviada. Los indios que por comer una cabeza de oveja perdieron la suya, aportillada por la Winchester de un capataz enérgico, como todos".

Trabajar allí no era don de Dios ni fruto escogido. Ni Dios ni la Ley aparecían sobreprotegiendo a esa gente que vivía atenta a los choques con el concepto de realidad y de justicia social. ¿Era un trabajo mejor que otro, o más seguro para vivir? "Ser farero —dice Marín— no era para halagar a nadie, pero tampoco lo era ser lavador de oro en Isla Lenox o ser cesante en Magallanes". Los movimientos anarquistas, el despojo de los indios, la fuerza que tiene la carta de la muerte al caer sobre el tapete, la ambición que lleva a matar por un puñado de oro o por unos cueros al primero que huelga la posibilidad de rastrear un modo de enriquecerse rápidamente, están allí tocando el corazón de la violencia. El alcohol, por su parte, se convierte en el combustible de la vida feroz.

"Paralelo 53 Sur", pese al tono de prédica social, muy propio de la literatura de su tiempo, vale por el manejo del conflicto. La fuerza de la historia destaca por sí misma, más que por el tratamiento del asunto o por los malabares técnicos. El tono vital es vigoroso y se apoya en la notación de la marginalidad como contrapeso del poder, del nacimiento de los modos de organización del proletariado, de la relación entre los gestores, los capitalistas, las fuerzas policiales y militares y los anhelos de reivindicación popular.

En una entrevista, Juan Marín confesó la raíz social de su obra. "Obviamente —dijo—, uno debe escribir sobre lo que ha experimentado. Por eso, en el fondo, toda literatura es en cierto modo "comprometida", pues refleja las tendencias literarias, políticas y sociales de su autor. Es, además, fruto directo de su formación intelectual. Es la expresión de la personalidad integral del autor y de su medio".

Ello resulta muy visible en otra de sus novelas mayores: "Viento Negro", la epopeya del carbón. Al comenzar, se estudia la vida en un pueblo minero, Puerto Amargo, que apenas encubre a Lota. La visión de la promiscuidad en los conventillos, el dolor de las muertes por accidentes del trabajo y falta de precauciones; por el gas grisú, por las enfermedades, y por el peso del alcohol, por la prostitución temprana, la traición y el soplónaje, campean

por las páginas de la novela. Tiene como héroe a un muchacho que cumple su prueba de fuego, a la muerte de su padre, como aprendiz de hombre, en la faena más dura, hasta el instante en que se embarca, enrolándose en la Marina.

Pasan los años, una huelga paraliza a Puerto Amargo. Veinte mil obreros abandonan sus trabajos, en las minas y en el puerto. Piden alza de salarios. Es "el Chile Negro del carbón, que se ha puesto de pie, con el puño levantado". Han ido pacíficamente a la huelga, pero el Gobierno envía la escuadra, con el fin de "mantener el orden y defender la propiedad y la vida de los ciudadanos". Un protector antiguo del muchacho, hoy marinero, recomienda a Pedro: "...óyeme bien un consejo que voy a darte. No te olvides nunca... nunca, ¿me entiendes?, de que sos un hijo del pueblo, de este pueblo de Puerto Amargo, de onde era tu mamá y donde vivió y trabajó también tu paire. Todos aquí son tus hermanos. Los mineros, los cargadores, los lancheros, todos son hermanos tuyos... Y el que mata a su hermano, ése se llama Cain".

Aniceto, otro hombre del pueblo, le dice a Pedro: "Nosotros no tenemos n'á contra la Marina. Lo que nos duele es que la traigan ahora p'a amedrentarnos, p'a "meternos cuco" y quién sabe, si llega también el caso, p'a meternos bala... La Marina es de tóos los chilenos y no debieran usarla p'a defender gringos".

El comandante de la nave acepta de modo paternal que Pedro, antiguo trabajador y hoy marinero de la escuadra, hable con el gerente para llegar a un acuerdo y así evitar el enfrentamiento. Naturalmente, otro marinero, mucho más duro, considera preciso ver un modo de burlar el gesto del comandante, procurando que estalle el conflicto. Alvesti, así se llama el aventurero de la Armada, cree que sólo los hombres de armas son puros, que en todo civil hay un bochinchero y un irresponsable o un subversivo que sólo merece el lenguaje de las balas. No hay que esperar —según él— nada de los "paisanos" o "civiles", esa vil "masa opaca y gris que no viste uniforme".

Juan Marín comenta, usando al narrador de la novela, que Alvesti se ha creado una visión del mundo



"Uno debe escribir todo lo que ha experimentado"

"rutilante y gloriosa de oropeles y plazas decoradas de banderas y estandartes, con millares de gentes uniformadas que desfilan a paso de parada al son de las bandas militares y saludan con la mano en alto a un jefe supremo. En el fondo de su pensamiento, él se identifica con ese imaginario jefe supremo, señor de vida y honras de legiones de vasallos".

En la hora final, el conflicto supera la racionalidad debido a una maniobra artera de Alvesti, que reafirma su pasión devota por la muerte del otro, el enemigo, el subversivo, el dueño del odio. Se dice que él ha esperado, toda su vida, "la ocasión de un combate real como éste, en que los *enemigos de la Patria* se encuentran a un lado de la barricada y los *salvadores* del otro. Ese es el defecto que él siempre —en su fuero interno— encontró a la política: aquello era demasiado confuso y vago, los dos campos en que la Humanidad se divide no estaban bien delimitados. Ahora es distinto; frente a la boca de su ametralladora están los *traidores*, los *vendidos al oro extranjero*, los *perros sin Dios ni Patria*. Hay que matar. Matar sin piedad, hasta que no quede uno solo". El sistema maniqueo de signos funciona por encima de la posibilidad de discusión y de arreglo. Y el fin llega.

No pocas de las ideas generales que maneja en las tesis de sus novelas proceden de la experiencia directa de Juan Marín, en una época en la cual ejerció su profesión como médico de la Armada, tenerlas no constituía posiblemente un vicio de la lógica. Al preguntarle, un periodista, entonces si había conocido a alguno de sus personajes, él contestó: "Sí, a muchos de ellos. Pero no están vertidos en los libros "de una pieza", tal como fueron o son, sino en fragmentos. Muchos de esos personajes han cobrado vida propia a mitad de la trama y me han guiado después a lo largo del relato. Ejemplos, el grumete Pedro Espinoza, de mi "Viento Negro"; el Chilote Barria, de mi "Paralelo 53 Sur"; el Dr. Fraga, de mi novela "Orestes y Yo".

Releer la obra de Juan Marín, una figura importante en el desarrollo de la narrativa nacional, permite admirar los intentos de un grupo de escritores por ordenar, de modo novelesco, sin exclusión de los datos de la realidad concreta, un mundo en el cual se trataba de ir forjando los valores del movimiento social. No son libros que sirvan sólo como pasatiempo o expresión de las vanguardias, sino un espejo en el que se reflejaban adecuadamente las contradicciones de esta sociedad "a medio cocer" en la que vivimos.